

El mayor milagro está en lo mínimo

Dr. Justo L. González



Reunión de liderazgo hispano (UMC)
Elizabeth, New Jersey
28 de febrero de 1999

© Justo L. Gonzalez

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>
info@aeth.org

El mayor milagro está en lo mínimo

Texto bíblico: Lucas 13: 10-21 (RVR 1960)

Jesús sana a una mujer en el día de reposo

Enseñaba Jesús en una sinagoga en el día de reposo; y había allí una mujer que desde hacía dieciocho años tenía espíritu de enfermedad, y andaba encorvada, y en ninguna manera se podía enderezar. Cuando Jesús la vio, la llamó y le dijo: Mujer, eres libre de tu enfermedad. Y puso las manos sobre ella; y ella se enderezó luego, y glorificaba a Dios. Pero el principal de la sinagoga, enojado de que Jesús hubiese sanado en el día de reposo, dijo a la gente: Seis días hay en que se debe trabajar; en estos, pues, venid y sed sanados, y no en día de reposo. Entonces el Señor le respondió y dijo: Hipócrita, cada uno de vosotros ¿no desata en el día de reposo su buey o su asno del pesebre y lo lleva a beber? Y a esta hija de Abraham, que Satanás había atado dieciocho años, ¿no se le debía desatar de esta ligadura en el día de reposo? Al decir él estas cosas, se avergonzaban todos sus adversarios; pero todo el pueblo se regocijaba por todas las cosas gloriosas hechas por él.

Parábola de la semilla de mostaza

Y dijo: ¿A qué es semejante el reino de Dios, y con qué lo compararé? Es semejante al grano de mostaza, que un hombre tomó y sembró en su huerto; y creció, y se hizo árbol grande, y las aves del cielo anidaron en sus ramas.

Parábola de la levadura

Y volvió a decir: ¿A qué compararé el reino de Dios? Es semejante a la levadura, que una mujer tomó y escondió en tres medidas de harina, hasta que todo hubo fermentado.

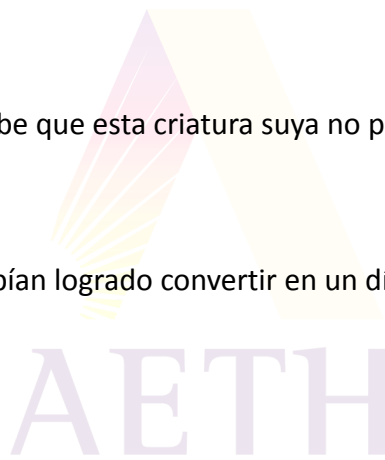
Hemos escuchado una porción bien conocida del Evangelio. Pero, como tan a menudo sucede, resulta que precisamente por ser tan conocido no vemos el intenso dramatismo de que está sucediendo aquí. Porque en este texto tenemos, no sencillamente un milagro de curación, sino también la convergencia de ajenos y al parecer invencibles poderes, que vienen todos a confluir aquel sábado en aquella sinagoga.

Era sábado, y una mujer enferma de largo tiempo atrás, encorvada, que no podía enderezarse, se presenta en la sinagoga. Con aquella mujer entra en la sinagoga lo que las gentes religiosas siempre queremos ocultar: la realidad del poder del demonio; la realidad del sufrimiento humano.

Era sábado. Día consagrado al reposo desde los tiempos más antiguos de la tradición hebrea. Tan antiguos, que se remontaban hasta el acto mismo de la creación: “Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios.”

Instrucción sabia de Dios, que sabe que esta criatura suya no puede trabajar sin cesar.

Pero un día que los religiosos habían logrado convertir en un día de dificultades cada vez mayores.



Era sábado. En la sinagoga, precisamente el lugar donde las leyes referentes al descanso se estudiaban, y se desmenuzaban, y se exageraban.

Era sábado. En la sinagoga. Y entra la mujer jorobada, oprimida, aplastada, por el poder del maligno. Era sábado, y allí estaba también Jesús, Señor de la creación y Señor del sábado.

¿Qué hará Jesús? Por un lado, en el sufrimiento de aquella mujer, el demonio mismo se le enfrenta. Por otro, en todo el ambiente que le rodea, en la Ley misma de Israel, en el jefe de la sinagoga, el peso de la tradición parece decir que no hay nada que hacer.

Más adelante en el Evangelio de Lucas, en el próximo capítulo, sucede algo parecido. Jesús está en casa de un fariseo cuando entra un hombre enfermo. Jesús les pregunta a los maestros de la ley y los fariseos, “¿Se puede sanar en sábado a un enfermo, o no?” Y cuando ellos se quedan callados, él mismo responde a su pregunta sanando al enfermo. ¿Se puede sanar a un enfermo en sábado, o no? **¡Sí se puede!**

Ahora está aquí Jesús en la sinagoga, frente a esta mujer encorvada, oprimida por el peso del demonio. Y a su opresión de dieciocho años, los jefes religiosos quieren añadir otra de diecitantos siglos: ¡Es sábado! ¡Es día para asuntos religiosos! **¡No se puede!**

Pero Jesús vio a la mujer. Y la llamó; y le habló. Y puso las manos sobre ella. Y la mujer se enderezó. Y comenzó a alabar a Dios!

Los líderes religiosos no se dejarán disuadir por el milagro. Vete. Hoy es sábado. Vuelve en otro momento. **¡No se puede!**

Como resultado de todo esto, las gentes se alegran y alaban a Jesús por las grandes cosas que hace.

Pero Jesús, en lugar de hablar de lo grande, habla de lo pequeño. De un grano de mostaza que un hombre sembró, y de un poco de levadura que una mujer escondió.

El reino de Dios, dice Jesús, es como un grano de mostaza que un hombre siembra, o como un poco de levadura que una mujer pone en la masa. Dios no es como los poderosos de la tierra, que quieren hacerlo todo a la fuerza y con estruendo. Dios es como una mujer que calladamente pone un poco de levadura en la masa, o como un hombre que siembra una pequeñísima semilla de mostaza.

La historia de la semilla de mostaza de la levadura habla de cómo, aun frente a obstáculos que parecen imposibles de superar, se puede salir adelante una y otra vez: **¡Sí se puede!**

La cáscara de la semilla es dura; hay que romperla. Por la gracia de Dios, **¡sí se puede!** Y rompe el cascarón, y sale un pequeñísimo renuevo.

La tierra está compacta y es difícil de romper; hay piedras muchas veces más grandes que la diminuta semilla de mostaza. Pero por la gracia de Dios, **¡sí se puede!** Y el tierno renuevo echa a un lado piedras mucho más grandes que él, y quiebra el duro suelo, y sale a la luz!

El aire está claro y soleado. En él vuelan cientos de aves hambrientas, buscando un renuevo diminuto para devorarlo. Hay mucho que temer en este mundo, con sus nubes altas, su sol ardiente y sus aves hambrientas. Pero la pequeña planta de mostaza no se deja intimidar, sino que dice: **¡Sí se puede!** Por la gracia de Dios, **¡sí se puede!** Y echa a un lado sus temores, y reverdece, y echa hojas, y ramas, y llega a ser frondoso árbol.

¿Por qué cuenta Jesús esta parábola? Porque allí, en aquella sinagoga, Dios ha demostrado que, aunque actúa calladamente, su poder es más grande que el de las más viejas tradiciones y el de los más fuertes demonios.

Recordemos que quien así habla no solamente le mostró al fariseo que sí se puede sanar en sábado, sino que también nació, pobre y pequeña semilla de mostaza, en un humilde pesebre, que de niño tuvo que huir al exilio en Egipto, que después vivió como extranjero en Nazaret, que por fin se enfrentó a todos los más formidables poderes del maligno. Y que cuando por fin el maligno pareció triunfar con cruenta muerte en la cruz, Dios lanzó el **“¡Sí se puede!”** de todas las edades, levantándole de entre los muertos.

Es por eso que hoy, como aquella pequeña semilla de mostaza, nos atrevemos a decir, **“Sí se puede”**. No porque seamos tan valientes, ni tan firmes, ni tan poderosos. Sino porque Dios levantó a Jesucristo de entre los muertos.

Esa, y solo esa, es la razón por la cual, sin importar cuáles sean los poderes mal, ni los poderes de la opresión, en la circunstancias más terribles, en la vida y en la muerte, a lo largo de los siglos este extraño pueblo que se llama cristiano se ha atrevido y sigue atreviéndose a decir: **¡Sí se puede! ¡Sí se puede!**

Han pasado los años, y aquella confrontación que tuvo lugar en la sinagoga sigue teniendo lugar hoy, aunque quizá no ya en la sinagoga, sino en muchos otros lugares.

Tal vez vamos al ayuntamiento a pedir refugio para las personas sin hogar, donde nos dicen: “**¡No se puede** darles albergue a quienes no lo tienen. No hay dinero”. O quizás incluso en la iglesia, cuando hablamos de responder a las necesidades urgentes de las personas que nos rodean, nos dicen, “**¡No se puede!** La constitución de la iglesia no lo permite”. O si no queremos hacer algo, nos convencemos de que no podemos. **¡No se puede!** No puedo. Pobrecito de mi.

Si alguien se atreve a decir que “**¡no se puede!**”, lo que hemos de hacer está bien claro. El texto bíblico nos da la pauta. Digámosles sencillamente, como nuestro Señor Jesucristo: “**¡Sí se puede!** Hipócritas. Si su buey tuviera sed el día de descanso, ¿quién de ustedes no lo desataría y lo llevaría a beber?”. Si la calefacción de su casa no funciona, ¿quién de ustedes no busca el

dinero para arreglarla? Si de veras quiere hacer algo, ¿quien de ustedes no hace cuanto está a su alcance para lograrlo?

Por todas partes nos dicen que no se puede. No se puede albergar a los desamparados. No se puede alimentar a los hambrientos. No se puede educar a las minorías.

En torno nuestro la población está cambiando. Nos damos cuenta de que esta dice algo sobre nuestra misión. Y sin embargo, es muy fácil darnos por vencidos y decir, **¡no se puede!**

Pero si la iglesia ha de ser la iglesia de Jesucristo; la iglesia de quien se levantó de entre los muertos; la iglesia ha de vivir por él **¡sí se puede!** de Dios.

La tarea será difícil. La oposición, sobrecogedora. Pero la semilla de mostaza crecerá, quiéralo o no a las aves del cielo. Y echará ramas, y hojas, y flores.

Y el día llegará cuando se cumpla el punto final de la parábola. Cuando las aves que antes querían destruir nuestro pequeño renuevo vengan a nuestro árbol en busca de refugio contra el vendaval. Cuando quienes antes nos decían que – “**no se puede**” – vendrán a buscar refugio al árbol de nuestra fe. Vendrán buscando dónde hacer sus nidos. Y nuestro árbol, abriendo sus ramas, les dirá, ¡Por la gracia de Dios, **¡sí se puede!**